

Juan Carlos Montoya M.

CUENTOS DE LOCOS

PROLOGO

Los años sesenta marcaron sin duda alguna, la evolución cultural de occidente. Al grito de “amor y paz”, los jóvenes de muchos países se levantaron contra la sociedad puritana y capitalista de la época buscando crear un espacio a nuevas formas de pensar, de vivir, e ver el mundo, que les permitieran realizarse como seres humanos en un contexto natural.

En nuestro medio, esta revolución llego por los medios de comunicación, apareciendo hippies criollos que de una manera o de otra buscaban imitar el fenómeno que se presentaba en los países desarrollados. Lo cierto es que todo esto marcó una época de idealismo y renovación que partió en don las costumbres parroquiales de nuestro país.

La renovación de los valores y el cambio de costumbres, hicieron su aparición en una generación posterior que en su niñez vivió los sesenta, pero que empezó a vivir en los setenta, ya sin las excentricidades de los hippies, pero con un comportamiento y una forma de hacer las cosas diferentes a la de sus padres y que los volvía locos.

Es precisamente a esta generación, a esta gente a la que se refieren estos relatos que muchos pueden creer haber vivido, pero cuyo parecido con la realidad es una simple coincidencia.

El Autor

CUENTOS DE LOCOS

Autor: Juan Carlos Montoya M.

CONTENIDO

	Pag.
1. CONVERSION INVOLUNTARIA	7
2. VISITA DE NOVIO	15
3. LA VENTANA	21
4. LA CORRIDA	27
5. ENTREGA INMEDIATA	33
6. A DEDO	42
7. UN ALMUERZO EMOCIONANTE	52
8. AL QUE MAGRUGA...	59
9. SILVIA	63
10. UN PASEO NAVIDEÑO	71

1. CONVERSION INVOLUNTARIA

- ¡Hola Julio!, -que bueno que vengas por acá, fue el saludo efusivo de Tomás quien con sus veinte años ya tenía su propia oficina en el negocio de su padre y se proyectaba en el camino del trabajo.
- Hola Tomi, ¿Cómo estás? - ¿aburriéndote haciendo negocios?
- ¡Vamos!, llego la hora de relajarte y descansar un rato. Amigos de la universidad eran compañeros de trabajos y en más de una pilatuna; se llevaban muy bien.
- ¿Qué es ese escándalo tomas? Que gritaría.
- Es Hugo, un nuevo empleado que a todos embroma y se ríe como caballo.
- ¿es que es muy loco o qué? Creo que sería bueno ponerle un tatequieto, ¿no crees?
- Que va, es muy eficiente y mi papá está muy contento con él.
- Podemos pensar algo a nuestra manera, ya sabes, algo que parezca uno de sus juegos.
- Tú estás loco de verdad Julio... claro que si fuera algo

Inofensivo se podría. No nos vendría mal un poco de diversión.

Con una sonrisa maliciosa y muchos comentarios pasaron largo rato. Suena el teléfono y Tomás contesta. Julio, para no escuchar la conversación empieza a hojear el periódico del día con desgano, leyendo titulares nada más.

De pronto se levanta como un resorte con una sonrisa brillante, casi una carcajada silenciosa y la emprende a palmadas en la espalda de Tomás, quien al verlo así, no tiene más recurso que despedirse y colgar.

- ¿Qué pasa viejo? Que modales los tuyos, - reclama Tomás tratando de aparecer serio.

- Viejo, viejito, acabo de encontrar el tiro para Hugo aquí en la prensa. Mira este clasificado. Ofrece asesoría espiritual para esos perdidos del fin de los tiempos y a domicilio!... ¿Qué tal Tomi?

- Sabes que si le convendría un mensaje espiritual a Hugo, respondió con sorna.

- ¡Listo! Aquí hay un apartado aéreo. Mandemos una carta bien trágica pidiendo ayuda a ver si responden. Solo que la haremos a nombre del terrible Hugo.

Dicho y hecho: Tomás metió un ahora en la máquina de escribir y la inicio:

Señores

MISION DE SALVACION

A.A 55555

Apreciados señores:

Es tan grave mi situación, que aprovecho un momento de arrepentimiento para pedir su auxilio...

- ¡Más despacio Julio!, no soy una grabadora, ni la maquina funciona accionada por la voz.

- ¿Cogiste todo? Yo creo que es un bien comienzo.

- ¡Ya acabe! A ver...si, si, está bien. Digamos que Hugo es como es, para que cuando vengan no se desanimen.

- ¿Cuándo vengan a visitarlo y el los rechace Tomi?

- ¡Listo!...mmm... mi ánimo es muy descomplicado, algo Bullicioso y totalmente materialista. Solo me importa mi bienestar y divertirme a expensas de los demás... ¿Qué tal va?

- Despacio Julio, vamos bien.

- por eso, continuo, no se extrañen si cuando vengan me ha pasado este momento de lucidez, de búsqueda de ese algo que me falta para vivir realmente. Insistan, agregó Tomas, insistan porque es mucha mi debilidad espiritual. Confiando en su ayuda y en su luz me despido.

- Ahora la firma de Hugo. Hazla tu Julio mientras que yo busco su carpeta ara la dirección del remitente.

- Listo Tomi, escribamos bien la dirección de su casa y también la de acá para que lo asedien también en su trabajo.

- ¡Ja!, ¡ja!. Eso lo quiero ver.

- Bueno, entonces mandémosla a correspondencia para que la envíen.

- ¡No Julio!, llevémosla nosotros mismo al buzón. En correspondencia pueden leer el destino y luego nos relacionan con la broma.

- Cierto, vamos pues.

SALIERON LOS DOS ALEGRES HACIA LA DROGUERIA DE LA ESQUINA DONDE HABIA UN BUZON DEL CORREO. Conversaron un rato y después se despidieron. Julio se fue para su casa y Tomas volvió a trabajar.

Pasaron los días y justo cuando pensaban que no contestarían, Tomas llamó a Julio a su casa: - Hermano, vengase como un rayo, vuele. Acaba de llegar dos misioneros.

Julio colgó y salió tan rápido como pudo hacia la oficina de Tomas. Cuando llegó, subió al segundo piso donde este lo esperaba sonriente.

- Tenemos la mejor vista, - saludó

- Si, si, oigamos lo que le dicen.

- No sé de qué carta hablan, - protestaba Hugo, quien estaba sorprendidísimo y algo azorado ante la extraña visita.

- Ya sabíamos que lo diría y como usted nos pidió en su carta, insistiéramos. Solo queríamos avisarle que esta noche lo visitaremos en su casa.

- Si, está bien, - dijo Hugo buscando salir de ellos, ya que su prestigio de caradura estaba quedando en entredicho. Los misioneros se despidieron muy amablemente y salieron.

- ¡Eh Hugo!, - le dijo un compañero, - no vengas con que eres religioso.

- No, que vá, estos tipos están locos. Mejor que se fueron ya. Al otro día, todo estaba normal. Solo Hugo se notaba extraño.

- ¿Qué pasa Hugo?, por qué tan callado?

- No, estoy preocupado. Imagínese que anoche fueron los misioneros a la casa, me hablaron hasta tarde del Evangelio y cuando los saqué, me dijeron que insistirían, que yo se los había pedido y que les había advertido de mi displicencia con ellos.

¡Huy! Ahí están, yo me escondo.

- Don Hugo, - lo detuvo la voz de uno de los misioneros, que con su camisa blanca, su maleta y su corbata, lo mostraba como un predicador norteamericano cambiando católicos al protestantismo en nuestra tierra, e inspiraba el suficiente respeto como para no hacerlo gritar.

- Queremos recordarte que el Señor te necesita y vamos a hacer que cojas su sendero, - sentenció.

De inmediato salieron y Hugo quedó perplejo. Al mirar alrededor solo vio la sonrisa maliciosa de todos. No había de quien sospechar, es decir, de todos podía sospechar. Arriba, Tomás miraba muerto de la risa. – Voy a contarle a Julio, pensó, y se dirigió a su oficina para llamarlo por teléfono. Julio no podía de la risa. Imaginaba a Hugo humillado e impotente sin saber a quién culpar.

Pasaron los días y a Hugo ya le decían el “monje loco”, y se volvió normal el saludo de los misioneros que le recordaban que su destino era no olvidarse del porque de su sobrenombre.

Ya no se oían sus carcajadas estruendosas cuando tomaba del pelo a alguien. En su lugar empezó a cargar libros.

- Parece que se la hicimos a Hugo.

- Si, seguro Tomas. Ha sido el goce hace más de un mes. ¿Y se ha calmado, o no?

Claro Julio, ya no modula. Después de semejante cantaleta de los monjes que le aplicamos...

- Y quedo sano Tomi. El pobre no se imagina quien fue el de la carta. Esta sí estuvo buena.

- Hombre Julio, tantas maldades las vas a pagar.

- ¿Pagar que Tomi?, son juegos inocentes. Además no te olvides que estamos juntos en esta...también. Si me la cobran, creo que tú me ayudarás a pagar.

- Si, - respondió Tomás. – Hola Hugo, saludó. Hablando del rey de Roma...

- Buenas don Tomás, saludó, ¿me regalan un momento?

- Claro Hugo. El es Julio, mi amigo.

- ¡Hola! – saludó.

- Cuéntanos Hugo-, inquirió Tomás.

- Bien, pues quiero hablarles de su camino de salvación, dijo Hugo con tono trascendental.

Tomás y Julio se miraron.

- ¿Así lo vamos a pagar?, -exclamaron los dos al tiempo.

Hugo se había convertido en un hombre religioso y durante largos meses estuvo predicando en la oficina de Tomas. Y lo mejor de todo, insistía, insistía.

2. VISITA DE NOVIO

Una tarde soleada de domingo, que en la ciudad invita a hacer pereza, es en esta ocasión el marco para la fiesta taurina, herencia de la cultura hispana que en nuestro medio encontró gran aceptación.

Mario, joven estudiante, miraba como la gente pasaba, unos en grupos, otros en parejas, todos con sombrero y con botas llenas de manzanilla y de las mas indecibles mezclas alcohólicas, camino a la plaza.

- Que bueno ir a toros, - se decía, pero también recordaba su bolsillo vacío que no lo llevaría a ninguna corrida.

- ¡Ah!, que tedio, ¿Qué hacer?, se pregunto en voz alta y como si conversara se contestó: - ya se, llamaré a Anita a ver que se le ocurre.

Anita era su novia, una muchacha linda que con sus diecisiete años llevaba loco a más de uno y a la que Mario quería mucho a pesar de conocerla hacia poco.

- Alo, ¿Anita, por favor?, la llamó.

- Sí, claro-, contestaron al otro lado de la línea, - ¿habla Mario?

- Sí, soy yo.

- Vea, habla con la mama de Anita. Como ahora nos vamos para toros y ella se quedará sola en casa, le pido el favor que esta tarde no venga a visitarla, - le dijo con tono severo.

- Si claro, como usted diga, - asintió Mario al saludo de su suegra que soñaba más a regañón que a cualquier otra cosa.

- Bueno, entonces voy a pasarle a Anita. Si quiere, esta noche que estemos puede venir a visitarla.

- De acuerdo, - balbuceó él.

- Hola Mario, ¡qué gusto!, - saludó una voz dulce que hizo cambiarle la cara hasta sacarle una sonrisa.

- Hola Anita.

- Me imagino que vas para toros Mario.

- No, que va. Te llamo para ver que hacemos.

- ¿Que qué hacemos? Pues sin modo. Acá todos van para la corrida y me toca cuidar la casa.

- Si, si, tu mama ya me lo dijo. También me prohibió que esta tarde fuera por allá, que si quería fuera esta noche.

- ¿Así te dijo? Que aburrida. ¿Sabes qué? En una hora pasa por acá y hablamos un ratito ¿Sí?

- pero Anita, si tu mamá se da cuenta me destierra.

- Ella no se dará cuenta, ni tú, no yo le contamos.

- No se Anita...mejor dicho, si me animo voy.

- No seas cobarde Mario. Hablamos en un rato que ya salen y me voy a despedir. Chao amorcito.

- Chao Anita, - se despidió pensativo Mario por la invitación de su novia. Voy o no voy, dudaba. Anita tan bella, mi suegra tan brava...no, no, no. Yo no voy.

¡No seas cobarde! Retumbaba en su cabeza. Las palabras de Anita no lo dejaban desistir del todo.

Al fin, después de mucho dudar, salió para la casa de Anita. Verla un rato no le hace daño a nadie, se daba ánimos.

Iba contento, la verdad era que estaba enamorado de Anita, y lo mejor de todo, ella parecía corresponderle. Cuando llegó a

la cuadra donde vivía su novia, la vio en el balcón esperándolo.

De inmediato ella se metió en la casa y cuando Mario llegó a tocar la puerta, esta estaba entreabierta. – entra, le dijo ella.

El dudó por un segundo pero el tiró de Anita lo situó en la mitad de la sala. – Pero Anita, tú estás loca. Si tu mama se entera me mata.

- Olvídate de mamá y de todos. Ellos están bien entretenidos viendo toros y de fiesta. Mejor camina, vamos al hall a escuchar música un rato.

El hall era un cuarto de grandes ventanas hacia el jardín, lleno de cojines por todas partes, el equipo de sonido en un rincón y discos, muchos discos en un estante.

- Aquí estaremos cómodos Mario. Siéntate que voy a poner un disco que me encanta.

Mario se tiró en un cojín, mientras empezaba a sonar una balada.

- ¿Te gusta?

- Si, sí, claro que tú me gustas mucho más Anita.

- ¿De veras? A ver, demuéstremelo con un rico beso.

Mario que aun estaba aturdido por la audacia y la sorpresa, la acercó y muy suavemente la besó. Fue uno y otro beso, y otro y otro...

Ya Mario se había olvidado de su suegra, de todo lo que pudiera inquietarle. Su amor por Anita se estaba convirtiendo en una pasión desenfrenada y ella era la leña que alimentaba su fuego.

De los besos a las caricias hubo un paso y de ahí a amarse fue como un sueño. El disco se acabó pero ellos no lo notaron. No hablaban, solo se amaban con la intensidad de la primera vez.

- Anita dime que no ha sido un sueño. ¿Cómo pudo pasarnos?

- Mario, mi amor. Es verdad, ya somos el uno del otro. ¿No te gusta?

- Sí, claro. Pero ¿y si se dan cuenta?

- No pienses eso bobito. Nadie lo sabrá. Mejor vamos a

recorrer la casa. Tu no la conoces, ¿verdad?

- No, vamos a ver.

Salieron del hall tomados de la mano y entre beso y beso fueron recorriendo la casa.

De nuevo se fueron encendiendo y en el cuarto de planchar, sobre la ropa limpia se volvieron a amar.

Estaban envueltos en caricias, cuando oyeron que introdujeron una llave en la puerta. Mario se paró de un salto y en un instante se arregló la ropa.

Se había pasado la tarde y ni siquiera se habían dado cuenta. Los padres de Anita habían regresado y los dos estaban atrapados en el último cuarto de la casa.

Anita se arreglaba con afán y Mario salió al patio buscando un camino para escapar. Vio el lavadero de ropa, la pared no tan alta y al otro lado, recordó, había un lote baldío.

Sin pensarlo dos veces y con una agilidad felina producida por el miedo más que por su destreza habitual, Mario saltó al lavadero, trepó la pared y cayó al otro lado.

- ¡Uf! Suspiró cuando se encontró en medio de la hierba alta.

En cuclillas miró a todas partes y de inmediato corrió buscando salir del baldío. Cuando ganó la calle se sonrió.

¡Ja, ja, ja!, ya pasó, pensó. Que bella Anita, mi amor, suspiró.

Y ahora, ¿para donde voy? Se preguntó. ¡Casi nos pillan! Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza.

No podía creer lo que le había pasado y andaba como entre nubes de la felicidad que lo embriagaba.

Ya sé, decidió, voy a hacerle la visita a Anita como su madre me dijo. Ya sin los temores de la tarde, se dirigió a casa de su amor.

Llego, toco, su suegra le abrió.

- Buenas señora, saludo.

- Buenas Mario. Así me gusta, que hagas las cosas como yo diga. Ahora si puedes saludar a mi hija. Sigue por favor.

- Gracias señora, muy amable. ¿Y Anita?

- Ya sale. Siéntate. Ella estuvo muy juiciosa toda la tarde y apenas se está arreglando. Voy a avisarle que estas aquí.
- ¿Sabes una cosa Mario? Ya me estas cayendo bien, dijo ella dejándolo solo en la sala con una sonrisa más que maliciosa, de triunfo.

3. LA VENTANA

El bullicio normal de la clase se silencio como por arte de magia. De inmediato Simplicio como lo llamaban sus alumnos, o mejor, el Sr. Gonzalez, profesor de matemáticas, se volvió para ver la causa del silencio pues sus alumnos de noveno año no eran lo que se dice alumnos modelos. Eran más bien muy inquietos y charlatanes y cualquier cosa los hacía estallar en desorden. No vio nada extraño en el grupo, solo que todos miraban hacia la puerta del salón. Al mirar hacia allá, vio a varias muchachas con su uniforme de colegiales.

- Señor profesor, - le dijeron, ¿nos permite interrumpir su clase un momento?

Sorprendido el profesor Simplicio por la visita femenina en un colegio estrictamente masculino, asintió y se sentó en su escritorio.

- Buenos días, entraron saludando a toda la clase.

- Buenos días, contestaron los alumnos en coro, viendo como se introducían al salón seis lindas chicas.

Hasta aquí duro el silencio, pues todos soltaron comentarios

- Pues sí, se ve fácil.

Mientras ellos lo discutían terminó el recreo y volvieron los niños al salón. Al ver a dos grandes en el balcón los más atrevidos les cerraron la puerta encerrándolos en el.

Por la sorpresa, Jorge y Julián forcejeaban tratando de abrirla, pero lo único que lograron fue romper uno de sus vidrios,

Al ver el daño no dudaron más y se lanzaron a la calle bajando por el ventanal.

Corrieron a doblar la esquina y una vez a salvo de las miradas del colegio se calmaron. Entonces siguieron su camino al teatro.

Una vez ahí, el tumulto era pero que el que había para salir del colegio. Después de muchos estrujones lograron entrar. Lucia y Patty les estaban guardando puesto, así que acomodarse fue fácil.

- ¡Uf! Casi que no llegamos, ¿verdad Julián?

- Si, imagínese que nos tocó escaparnos para venir a verlas.

- ¿Y eso por qué?

- cancelaron el permiso para venir. Nadie del colegio vendrá por aquí hoy. Solo nosotros, los mas intrépidos, - dijo jactancioso Julián.

- Yo que tu no lo diría tan duro. Con tanto marista por aquí les pueden jugar una mala pasada, - les advirtió Patty.

- Si tú lo dices... dijo Jorge y los dos se hundieron en sus sillas.

Esto de poco les valió pues ya los habían reconocido. Toda la película fueron blanco de papeles, tapas, chicles, etc., que no les dejaron disfrutar ni del espectáculo ni de la compañía. A la salida, ya los habían abandonado sus parejas y fueron atacados a calvazos por un millar de manos maristas que los dejaron muy adoloridos, casi arrepentidos.

Sin embargo, el lunes siguiente, cuando volvieron a clase fueron los héroes. Sus historias de romance y de alegría en su escapada del viernes contrastaban con la dura realidad.

Era un justo premio por la humillación que sufrieron.

Todo parecía muy bien hasta que el perfecto de disciplina interrumpió la clase.

Venía acompañado de unos de primaria que empezaron a recorrer el salón mirando a todos bien, a la cara, como tratando de reconocer a alguien. Jorge y Julián se miraron. Eran a ellos a quienes buscaban por el daño del vidrio.

Los niños pasaron una y otra vez. Parecía que no los habían identificado. Pero mala suerte. Un diablillo de cabello muy corto y orejas muy grandes señaló a Jorge.

- Este es uno, -dijo con voz acusadora.

- ¿Estás seguro Juanito? Preguntó el perfecto.

- Si, si, estoy seguro. El es uno.

- Bien, miren a ver si encuentran al otro.

Jorge estaba pálido y miraba con ojos asesinos al tal Juanito que no había acusado.

- No señor, el otro no está aquí, dijeron los niños después de pasar otra revisión.

- Bien, vamos a seguir la ronda y usted joven, - le dijo el perfecto a Jorge, - se presenta en mi oficina en el próximo recreo.

Cuando salieron del salón, todos se le fueron encima a Jorge a preguntarle qué pasaba. El se defendió diciendo que no lo sabía y como el profesor puso orden en la clase todo quedó así.

Solo Julián permaneció impávido en su puesto. Pensaba que él se había salvado de ésta y que Jorge, su gran amigo, no lo delataría.

- Eso es por la volada del viernes, era el comentario de todos.

Al salir a recreo, Jorge se encaminó a la oficina del perfecto decidido a negarlo todo.

El perfecto lo esperaba con cara adusta. – A ver, a ver joven, ¿Sabe por qué está aquí? Me lo imagino.

- No señor, no sé de qué se trata.

- Se le acusa, - lo interrumpió el perfecto, - de destruir en acto casi delictivo una puerta del balcón de tercero de primaria y además, de fuga del colegio.

- Pero señor, yo no sé nada, seguro que me confunden. Yo

Nunca me he escapado del colegio.

- ¿Ah no? Bien, cuéntame que hizo usted en el recreo de las 10 el viernes pasado.

- Pues yo salí del salón con Julián, con todos los de la clase que teníamos boletas para ir a ver la película a beneficio de los niños pobres, pero como cancelaron el permiso para ir, pues nos volvimos a clase.

- ¿Con que Julián y los demás de clase? Vamos a ver si los niños de tercero reconocen a Julián?

Fueron por él al salón y de ahí al alboroto de los niños de tercer grado señalándolos como si fueran delincuentes solo fue un paso.

Entonces les hicieron llamar a sus padres, los obligaron a pagar y pegar el vidrio y como si fuera poco los suspendieron dos días.

En el salón de clase dáselas y en tono filosófico Jorge dijo: - "después del gusto que venga el susto".

A lo que Julián le respondió en voz muy baja; "pero si el gusto e lo dieron los maristas".

4. LA CORRIDA

Como todas las noches, en una vieja esquina cerca del parque estaban reunidos. Era una barra muy grande. Eran la crema de la ciudad, que sumida en su tradición se resumía en ese grupo de vástagos de las personas más importantes. Casi nunca estaban todos. Había grupúsculos que por todas partes andaban de farra, en sus planes. Esta noche había unos pocos, sacándose el frío con unos aguardientes, que a su edad, era la gran osadía.

Fumaban; este era su toque de virilidad y madurez que escandalizaba a los transeúntes y que horrorizaba a sus padres.

Ellos nunca lo sabrían, pensaban.

Así pasaban el rato, con chistes indecibles y comentarios locos. Estaban en eso cuando apareció Pablo.

- ¿Qué hubo, saludó, cómo están los niños de la ciudad?

- Hola, - contestaron, - ¿quieres un traguito?

- Venga a ver ese aguardiente...aaah, exclamó. – Rico para el frío.

- ¿Dónde estabas Pablillo? – preguntó Tito.

- Estaba donde José.

- ¿Cuál José? ¿Joselito? ¿Ese que se siente cordobés?
- Si, y no te burles. Saben que a mí me gusta esa vaina del toreo.
- Ya lo notamos Pablillo, dijo Tito con acento español.
- Mira Tito, vos te sentís muy macho ¿o no? ¿A ver cómo te sentís frente a un toro?
- Eso es verraco, - intervino Manuel.
- Verraquísimo, dijo Pablo.

De nuevo circulaban la botella de aguardiente.

- Lo verraco, dijo Tito, es encontrar un toro para enfrentarlo.
- No tanto, dijo Pablo. En la finca del maestro Payares, el poeta, a la entrada de la ciudad hay unos que son una belleza.
- ¿En Rioclaro? Preguntó Iván.
- Eso, en Rioclaro. Lo difícil es llegar a esta hora hasta allá.
- ¿Ahora? Lo único será que alguien se pareciera en un carro. Tito, que estaba picado por el reto de Pablo se ofreció para ir por la furgoneta de su padre.
- ¿Saben qué? Dijo, yo me saco las llaves del nochero de mi papá y eso sí, la sacamos empujada para que en mi casa no oigan el motor.

Así fue. Se enrumbaron a la casa de Tito. Al llegar a la esquina se agruparon a esperar que Tito abriera el garaje para ir a sacar la camioneta empujada. Tito entró a su casa y unos minutos más tarde se abrió el garaje. Todos corrieron rápido y silenciosos.

Tito iba al volante y los demás empujaban.

Al doblar la esquina Tito frenó. – A ver, ¿Quién cerró la puerta?

Como nadie contestó, se bajó de la furgoneta y corrió a su casa. Cerró el garaje con gran sigilo y sin pasarle el pestillo, volvió a reunirse con los demás, que ya se habían subido al carro.

- Bueno nenes, les dijo, ahora rumbo a Rioclaro.
- Prepárense toritos, dijo Pablo.
- Prepárate Pablillo, dijo Iván. – Esta noche vamos a ver qué

Tan buen torero eres.

- Pasemos por casa de Joselito para que nos preste el capote, o si no, ¿con qué toreamos?
 - Eso sí es pensar viejo Iván, dijo Tito. Pablillo sabe donde es, ¿verdad?
 - Si, seguí por la autopista que Joselito vive en El Prado.
 - Eso, intervino Gerardo que casi no hablaba pero que en todas las farras estaba. Hagamos una vaca para comprar otro frasco y cigarrillos, no nos vaya a coger el sereno.
 - Yo estoy pelado, dijo Tito, y hay que echarle gasolina al carro o sino nos varamos.
- Todos se metieron la mano al bolsillo. Reunieron billetes, monedas, todo lo que tenían.
- Primero el aguardiente, decidieron. Pararon en un estanco y compraron una botella y cigarrillo. De inmediato siguieron a casa de José quien ya se había empiyamado. Al oír el pito u la algarabía se asomó al balcón.
 - Hola muchachos, ¿para donde es el paseo?
 - Joselito, dijo Pablo con acento español, vamos de faena a Rioclaro y queremos que nos prestes un capote.
 - Dos, respondió José emocionado y en segundos se estaba reuniendo con ellos ataviado de boina y bufanda, con dos capotes y en uno de ellos envuelta, una botella de brandy que acababa de hurtar del bar de su padre.
 - ¿No creerían que yo me iba a perder esta fiesta?
 - Esto se puso bueno, - exclamo Tito poniendo rumbo a las afueras buscando la salida hacia Rioclaro. En el camino tanquearon e carro para no quedarse varados. Iban alegres. Rodaban la botella de aguardiente y fumaban. Estaba en su salsa, todos contentos buscando otra aventura.
 - Miren, aquí empieza Rioclaro. ¿Ven las reses acostadas en los potreros?
 - Sí, claro. Hay que despertarlas, dijo Joselito.
 - Bien, busquemos un sitio donde dejar el carro que todos

Vamos a torear hoy.

- A tomar la alternativa, corrigió Joselito mas docto en la materia.

En una curva encontraron un quiebrapatas y un camino que se metía en la finca. Tito sin dudarlo se internó en él.

- Apaga las luces Tito, no nos vayan a ver.

Así, a oscuras avanzaron hasta que en medio de unos árboles Tito se detuvo.

- Bien, dijo Joselito saltando del carro, un traguito que me voy de faena.

- Pues será el último, dijo Iván, porque se está acabando.

- Bueno, que alcance para otra ronda, reclamó Pablo.

- Tranquilos, dijo Jorge desenrollando el capote donde traía el brandy. Este si nos hará entrar en calor.

Todos lo aclamaron y juntos se adentraron el capote al potrero en busca de los toros. Adelante iban José y Pablo, cada uno con su capote.

Atrás, todos. Nerviosos por la oscuridad y sobre todo por la idea de enfrentarse a un toro.

- ¡Eh!, ¡eh!, gritó Joselito azuzando al primer bulto acostado que encontró.

Pablo a su lado lo acolitaba nervioso.

- MUUUUUU, bramó la bestia parándose rápidamente cuando menos lo esperaban.

Todos salieron corriendo con risas nerviosas y gritos de susto.

De inmediato regresaron. Joselito que se creía un gran torero se lanzó primero e hizo un quite al animal que trataba más bien de retirarse antes que embestirlo.

Pablo corrió a cerrarle el paso y cuando lo enfrentó el toro, no lo esperó, se quitó mucho antes de que la bestia llegara.

- ¿Qué tal ah? Ya voy entrando en calor, gritó.

- ¿En calor? Pero en los pies, dijo Gerardo. El toreo es sin correrle al toro.

- A ver Gerardo, se desquitó Pablo tirándole el capote, vamos

A ver como lo haces.

Gerardo recibió el trapo y con los empujones de sus amigos se paró frente al toro.

- ¡Uh!, ¡uh!, le gritó pensando que eso lo había ver muy valiente. En realidad veía un bulto gigantesco con dos ojotes que lo miraban asesinos y dos cuernos inmensos que amenazaban ensartarlo. Quedó paralizado y cuando menos pensó, recibió un golpe que lo lanzó por los aires y que le hizo parecer blando el suelo que lo recibió unos metros atrás.

Joselito intervino entreteniéndolo al toro que ahora parecía un monstruo peligroso, mientras que los otros recogían a Gerardo aturdido más por el susto que por el golpe.

- Démosle un trago de brandy, dijo Pablo y Tito que tenían la botella se la puso en la boca derramándole la mitad del trago en la ropa.

Gerardo tosió y se empezó a levantar. Pablo cogió el capote y se lo dio a Tito.

- Te toca viejo, te toca.

- ¿A mí? Dijo Tito aterrorizado. Cogió el capote, miro al toro que para entonces ya estaban enfurecido. Se tomo un trago y se dirigió al animal que ya no quería irse. Más bien quería vengarse de los ilusos que habían osado despertarlo.

Tito lo enfrentó y lo correteó. En realidad nunca lo esperó, solo le movía el capote y le corría.

- Eso Tito, le decía Joselito para darle ánimo. Solo espéralo un poco más a ver.

Pablo lo miraba esperando que en cualquier momento el toro lo alcanzara. Pero no fue así. Tito salió y triunfante le entregó el capote a Iván con lo que había visto se sentí algo confiado.

Así se lanzó al toro que lo embistió furioso. Él le hizo un quite que le salió grandioso. Se volvió a saludar a sus amigos, pero no había alzado una mano cuando el toro embistió por detrás. El

Golpe fue tremendo, pero el susto de verdad lo tuvieron cuando sonaron unos disparos. Era el mayordomo de Rioclaro que venía a ver qué pasaba, acompañando de sus perros.

La carrera fue total. Todos al carro en dos zancadas e Iván que aun golpeando se arrastraba, corría, tropezaba, al fin se vio auxiliado por José que era el mejor librado de todos.

Tito prendió el carro y arrancó con toda la potencia.

Rápidamente ganaron la carretera y una vez a salvo empezaron a reír y a recordar lo sucedido.

- ¿Quieren un trago? Preguntó Gerardo, quien desde su golpe no se volvió a desprender de la botella.

Todos tomaron, y así, uno a uno se repartieron a sus casas.

Todo había salido bien, solo dos golpeados no más. Era un precio bajo por tan grande diversión.

Al otro día todos se encontraron en el colegio. Dicen que en la noche todos los gatos son pardos, pero en el día...

Gerardo lucía un vendaje en el pecho que pretendía tenérselo unido, pues el golpe casi lo desbarata. Pablo tenía su remiendo en una pierna donde uno de los perros de Rioclaro lo mordió al momento de la huida. Iván no podía sentarse pues había recibido un pitonazo en la nalga que lo martirizaba.

Todos se sorprendieron cuando vieron a Tito llegar rengueando adolorido.

- ¿Y a ti que te pasa? A ti no te pasó nada para que camines así.

- ¿Qué no? Respondió Tito mostrando su espalda y parte de las nalgas. ¡Cuando llegue a casa mi papá me esperaba y me dio una pela que ningún toro puede dar!

5. ENTREGA INMEDIATA

El trabajo rutinario, si bien al principio parece interesante, tarde o temprano recorre el camino del tedio y es ahí cuando la mente se distrae o mejo aun, cuando la mente busca un horizonte mucho más dinámico.

Esta misión es un poco difícil cuando el cuerpo se encuentra en medio de una oficina. Cualquier cosa sirve. Cualquier motivo es pretexto para salir del tedio. Ante esta situación que rebaja la productividad y que además es un buen dolor de cabeza para los administradores solo hay unos pocos afortunados: los que tiene que ver con el público, con los clientes que son la vida de cualquier negocio. En esta situación se encontraba Daniel. Todos los días hacia su labor repetitiva que para la empresa era importante pero para el se había vuelto secundaria de tanto hacerla. Entonces su escapismo de la rutina era lo social. Todos los días aprovechaban cualquier oportunidad para compartir con los clientes, bien fuera colaborándoles con algún servicio o simplemente departiendo. Un intercambio de palabras era suficiente para él. Así entablo muchas relaciones, consiguió

Muchos amigos y amigas. Podría decirse que llegó a ser popular.

Una tarde entró el doctor Copete, representante de una empresa que era cliente importante y con el que tenía una buena amistad. Venía acompañado de una mujer elegante, no tan joven pero muy bien plantada y que el lado del doctor se veía radiante. - ¡Hola Daniel! Saludó.

- ¡Buenas doctor! Respondió Daniel. – En que quedo servirle.

- Gracias Daniel, muy amable. ¿Tu jefe está en la oficina?

- Si, si está.

- Bien, bien, quiero presentarle a la Dra. Miriam quien me reemplazará mientras me tomo unas vacaciones.

- Por lo visto dejará usted en muy buenas manos la empresa, dijo Daniel como un cumplido a la acompañante.

- Eso si no lo dudes. Viene en misión especial de la casa principal, por favor colabórale en todo lo que puedas.

- para mi serpa un gusto. Me llamo Daniel Montes y cualquier cosa en que pueda servirle no dude en decirme, se presentó.

- Mucho gusto respondió ella. No conozco a nadie y me aburriré.

- no digo eso que ya me conoce a mí. Algo es algo, ¿no?

- si Daniel muchas gracias, dijo ella.

- Bueno vamos donde el jefe dijo el Dr. Copete llevando del brazo a su reemplazo hacia la oficina del gerente.

Daniel se quedo pensativo. Una ejecutiva recién llegada a la ciudad, bonita y sin amigos era una buena oportunidad. Esa semana la llamo una o dos veces a saludar, y luego le invito a salir.

El tenia un viejo carro, en el le mostró la ciudad y como se comportó como un caballero, se ganó la confianza de Miriam.

Ella que venía de tierra caliente, era mujer de mucho ambiente y le sugirió a Daniel salir a parrandear. El acepto y quedaron de verse el sábado para la rumba.

Daniel que no tenía mucho dinero, tenia buenos amigos y para un caso así pensó que sería bueno convidar a alguno de

Ellos con su pareja para integrar a Miriam a un círculo de amistades.

Mauricio sería el amigo ideal, adinerado, muchas amigas y dueño de su empresa. Serviría para integrar a Miriam en un círculo de ejecutivos.

Sin dudarlo lo llamó a contarle de su nueva amiga a ver qué hacían juntos. A Mauricio le pareció bien. El tenía también una nueva conquista y ese sería un buen pretexto para invitarla.

- Mira Dany, le dijo, lo mejor que podemos hacer el sábado es un asado. Nos vemos por la tarde para la finca, nadamos, nos tomamos unos tragos y nos integramos. Según vayan las cosas por la noche nos vamos a discoteca ¿ah, qué opinas?

- Del carajo, Mauro. Esta Miriam es queridísima y seguro le encantará un programa así.

- Listo, entonces en eso quedamos. Eso sí, no lles tu carro. Nos vamos en el mío para ir juntos todo el camino.

- Claro Mauro, no creo que mi "pechuga" pueda ir y venir de tu finca a salvo.

Ese viernes Daniel llamo a Miriam a contarle del plan y como había dicho, a ella le encantó.

Esa noche Daniel salió con otros amigos y como era su costumbre comió y bebió sin medida. Al otro día, casi no se levanta. La resaca lo estaba matando cuando llegó Mauricio a recogerlo.

- Hola Dany. ¿Listo para la fiesta?

- Claro Muro, solo que tengo un guayabo que no aguanto.

- Tranquilo viejo. Lo mejor para eso es empezar otra tomata, dijo Mauricio pasándole un la botella de aguardiente para que se tomara un trago. Daniel se pasó un gran sorbo y después de gesticular le preguntó:

- ¿Vamos por tu amiga o por la mía primero?

Por la mía claro, dijo Mauricio encaminándose a la casa de su pareja.

- ¿Y quién es ella? Preguntó Daniel.

- Se llama María Lucia y es estudiante de derecho. Es lindísima ya lo veras.

Cuando llegaron, Mauricio bajó del carro y saludó cariñosamente a María Lucia. Era realmente muy bonita.

Daniel bajó y Mauricio los presentó.

- ¿No dirás que iras solo?, le preguntó María Lucia.

- No claro, ya vamos por Miriam, mi pareja.

Los tres subieron al carro y guiados por Daniel se dirigieron a buscar a Miriam.

Ella ya los esperaba fuera del edificio donde vivía.

Daniel se bajó y la saludó de mano muy respetuoso y de inmediato la introdujo al carro.

- Ella es mi amiga Miriam, les dijo presentándola a sus amigos. Ellos la saludaron efusivamente y entre charlas y comentarios alegres cogieron camino a la finca de Mauricio.

Cuando llegaron, ya los cuatro habían entrado en confianza.

Los restos de la botella que tenía Mauricio se acabaron por el camino.

- Esta bonita tu finca Mauricio, dijo Miriam.

- En realidad es de mis padres, respondió pero como si fuera mía, están en su casa.

- Gracias, respondieron las chicas.

Daniel ya se había metido en la casa. Apareció al momento en camiseta y en tanga. Sin cruzar palabra se dirigió a la piscina, se quitó la camiseta y se lanzó al agua.

- Hola Dany que fiebre la tuya ¡eh! Ni que nunca te hubieras metido en una piscina le increpó Mauricio.

- ¡Ah! Que rico, exclamó Daniel saliendo del agua. Miriam y María Lucia lo miraban divertidas.

- No Muro no es eso, dijo Daniel. Es a ver si se me quita el dolor de cabeza que me mata.

- Eso sí, el agua lo compone a uno, dijo Miriam.

- Bueno ¿y donde hacemos el asado? Preguntó María Lucia.

- ¡La carne! Exclamó Daniel. Nos olvidamos de comprar todo.

- Tranquilo, ahora vamos al pueblo y compramos lo que haga falta, dijo Mauricio. Mejor saqueos el asador Daniel y veamos que hay en la nevera.

Los cuatro se metieron en la casa. Daniel y Mauricio sacaron el asador. Encontraron carbón y los arrumaron junto a este.

En la nevera no hay nada, dijeron las chicas saliendo de la nevera y saliendo de la casa.

Daniel se sentó junto a la piscina y Mauricio se le acercó.

- ¿Vamos al pueblo de compras? Le preguntó.

- No yo voy. Mejor te doy algo de dinero y tu vas con María Lucia. Así los dos charlan solos un rato y yo también con Miriam.

- Listo, listo, dijo Mauricio. Vamos a ver como se manejan jeh!

- Ahí vienen, lo interrumpió Daniel.

- Muchachos, ¿vamos de compras al pueblo? Preguntó Miriam.

- Yo me quedo, dijo Daniel. Hagamos una vaca para las compras pero eso sí, yo los espero aquí.

Daniel se metió a la casa y regresó con algo de dinero que le entregó a Mauricio.

- Yo creo que con eso es suficiente dijo.

- Si, está bien. Luchita y yo nos vamos de compras.

- ¿Y tú no vas Miriam?

- No, yo me quedo contigo. Al fin de cuentas ellos no se demoran y no quiero dejarte solito.

- Mira Daniel si estas de buenas, dijo Mauricio llevándose a María Lucia hacia el carro.

- ¿Quieren algo especial? Preguntó María Lucia.

- No, nada. Traigan lo que les provoque, dijo Miriam.

- No tardamos dijo Mauricio despidiéndose.

Daniel se zambullo mientras Miriam lo miraba nadar.

- ¿Es que no piensas nadar? Le preguntó Daniel.

- No mijito, la tarde está un poco fría para mi gusto.

- Si, tienes razón, dijo Daniel saliendo del agua.
- Y es que fuera del agua hace más frío, dijo Miriam.
- Si, si, dijo Daniel poniéndose la camiseta.

Se sentó junto a ella y se le acercó buscando un poco de calor.

- ¿Te molesta que me acerque? Le preguntó.
- No Dany, tranquilo, respondió.
- ¿Qué te parecen mis amigos ah?
- Son buena gente, claro que bien distraídos y tú con ellos.

¿Cómo nos vinimos a un asado y no traemos ni carne, ni trago, ni nada?

- Veníamos hablando tan bueno que se me olvidó. Claro que ellos no tardan.
- ¿Es cerca el pueblo? No pasamos por ahí.
- No, no, el pueblo es más abajo, unos cinco kilómetros.

Debimos haber ido para que conocieras.

- Ya nos quedamos Dany, otra vez será.
- Si, en otra ocasión.
- ¡Qué cosa tan bonita la que tiene aquí!
- Si Miriam, ¿quieres conocerla?
- Bueno vamos, dijo ella.

Tomados de la mano se metieron en la casa.

- ¿Ya viste el primer piso verdad?
- Solo la cocina, cuando buscamos la nevera.
- Bien, mira allí es un cuarto de baño, este es el comedor esta puerta da al jardín de atrás, acá es el cuarto del servicio. Siguió Daniel mostrando la casa a Miriam que no se soltaba de la mano.
- ¿Y esas escaleras? Preguntó ella.
- Van al segundo piso claro. O te imaginas que van al cielo mujer.
- No te burles de mi Dany. Vamos a conocer arriba.
- Bien mira, este es el cuarto principal, acá es para los huéspedes.
- ¿Y dónde está el balcón que se ve des la piscina?
- Por aquí linda, dijo Daniel llevándola a un mirador, con

Grandes ventanales y el balcón.

- ¡Que visita la que hay aquí! Exclamó Miriam.

Ella le sonrió complicada y él se le acercó y la besó. Al principio ella quiso separarlo pero poco a poco cedió.

- ¿No crees que es muy pronto? Preguntó coqueta.

- Yo no aguantaba más, respondió Daniel volviéndola a besar.

Ven sentémonos acá, le dijo llevándola a un sofá en el hall.

Su excitación se le notaba en la tanga y Miriam la había sentido en el abrazo.

Casi distraída, sin darse cuenta se quedó mirando la pantaloneta inflada de Daniel y el, que la sorprendió le dijo.

- ¿Qué piensas mujer?

- No, nada, dijo ella cambiando la vista sorprendida. Se paró del sofá y le dio la espalda en un gesto que parecía tímido.

Daniel se paró y la abrazó por atrás, la besó en el cuello. Ella se estremeció. Entonces deslizó sus manos por sus pechos que se mecían por la agitación de su respiración.

Ella se volvió y lo miró silenciosa, asustada.

- Quítate la blusa, le dijo él en tono seguro como si fuera una orden.

- Ellos no demoraron, respondió ella tratando de encontrar una excusa.

- Tranquila Miriam, le dijo el acariciándole la cara. Ellos se tardarán un buen rato aun.

Ella lo miró a los ojos indecisa y ahí fue. De un jalón se sacó la blusa por el cuello y dejó desnudos sus senos, grandes, duros, bellos. Daniel los cogió, los besó, la introdujo al sofá donde terminó de desnudarla y la amó.

Ella aun sorprendida y exaltando empezó a vestirse de prisa. El quedó exhausto, tirado en el salón, desnudo.

- Vamos para la piscina Dany, no quiero que nos encuentren acá arriba.

- Eres preciosa, respondió el, acariciándole la espalda.

- Ya Dany no mas, mira que nos sorprenden.
Terminó de vestirse y salió rumbo a la piscina rápidamente.
Daniel la miró desde el balcón con su paso apresurado y se sonrió.
Increíble, pensó, lo que hace la oportunidad y la excitación.
De inmediato bajó y se sentó junto a ella.
- Debes pensar que soy una buscona, le dijo ella sin mirarlo.
- No lo digas, le contestó el. Eres muy mujer para eso.
- No sé cómo pasó, tú me enloqueciste Dany.
- Y tú a mi Miriam. Ojalá no estuviéramos esperándolos a ellos para seguir amándote.
- Mejor enfríate que ya llegan dijo ella empujándolo al agua.
- Mauricio y María Lucia llegaron pitando y haciendo algarabía.
- Vamos a ayudarlos a bajar las cosas, dijo Miriam, encaminándose al carro y saludando también con alboroto.
Daniel salió del agua y fue a recibir la botella de aguardiente que Mauricio tría en sus manos.
- Dad de beber al sediento Mauro, dijo María Lucia.
- Si, que esto es más que simple sed, dijo Daniel.
De inmediato pusieron manos a la obra. Prendieron el carbón en el asador y al son de la música del radio del carro pasaron la tarde comiendo, bebiendo y bailando.
En un descuido, entrada la noche Mauricio se le acercó a Daniel.
- Oye Dany, creo que vamos por buen camino.
- ¿Te parece Mauro?
- Yo creo que si les damos mas traguito, las llevamos a bailar a una discoteca a lo mejor sueltan algo.
- ¿Tú crees Mauro? Yo estoy corto de dinero como para seguir así, de tiro largo.
- Fresco, yo invito, dijo Mauricio, - chicas recojamos que nos vamos para la ciudad.
- ¿Tan pronto? Dijo María Lucia.

- Vamos a discoteca, a seguirla, le respondió Mauricio.

- Pues a mí me parece bien, dijo Miriam.

- Listo, dijo Daniel, entonces nos vamos.

Guardaron el asador, cerraron la casa y se marcharon.

Después de varias horas de baile y tragos. Mauricio le dice a

Daniel con discreción: - sabe que, estas viejas no dan nada.

Mejor nos vamos.

- Si Mauro, nada de nada, respondió el.

Fueron a llevarlas a sus casas y luego se separaron. Mauricio

decepcionado por no seducir a María Lucia y Daniel feliz

rumbo al apartamento de Miriam. Cuando se despedían, ella

le dijo al oído que volviera que lo esperaba.

6. A DEDO

- Llega Semana Santa, Julio.
- Si Juan, todos se van de paseo.
- ¿Y nosotros? Dice Juan.
- Pues nosotros... también. Busquemos a Alejandro; el tiene unos familiares en Cali.
- ¿Nos vamos para Cali, Julio?
- Si Alejo nos lleva donde sus tíos, si.
- Míralo ahí viene.
- Oye Alejo.
- Hola muchachos, ¿Qué tal?
- Bien, bien. Aquí haciendo planes para esta semana.
- Que. No me dirán que tenemos paseo, inquirió Alejandro.
- Si, dijo Julio, nos vamos para Cali.
- Para Cali donde tus tíos, completó Juan.
- Muy bonito. Ya me tienen planillado y a mis tíos.
- Fresco Alejo, no crees buena idea una semana de salsa, niñas, ¿ah?
- Delicioso, respondió. - ¿Y qué dinero hay? Acordémonos de

Los pasajes, la comida toda la semana y para gastar.

- Pues yo he ahorrado algo, dijo Juan.

- Y yo tengo lo que me dan de fin de semana. Si le pido a papá seguro me da algo extra para el viaje, dijo Julio.

- Yo creo que estamos ensillando el caballo sin comprarlo.

Mejor voy a llamar a mis tíos a ver si podemos llevar a su casa.

- Bien, aquí te esperamos.

Al cabo de un rato volvió Alejandro radiante. No solo sus tíos habían aceptado la visita sino que le dijeron que esa semana estarían fuera, que podían quedarse solos y antes cuidarían.

- ¡Perfecto! Exclamaron Julio y Juan al oír esto.

Pongámonos las pilas entonces, a ver si esta noche nos vamos en bus.

- No, no, respondió Juan. Mejor madrugamos mañana y nos vamos en el tren. Además de ser rico el viaje el pasaje es más barato.

- Listo, dijo Alejandro. Me voy a conseguir el billete con mis papas. Esta noche nos vemos a ver que tenemos.

- Listo, respondieron separándose cada uno hacia su casa. La tarde la pasaron sacando sus ahorros, pidiendo a papá, a mamá, a todo el que pudiera esquilmar para reunir más dinero.

Esa noche se encontraron en la esquina. Entre los tres tenían más que suficiente para pasar una semana se rumba en Cali.

Al otro día, bien madrugados se encaminaron a la estación del tren, cargando sus morrales como si fueran de campamento.

Compraron los tiquetes y como si lo hubieran decidido con premeditación, se dirigieron al último vagón. Era el restaurante.

Entonces se sentaron en el penúltimo. Estaba medio vacío. Se sintieron a sus anchas y el viaje transcurrió fumando, tomando cerveza del restaurante y hablando con expectativa de lo que les esperaba en Cali.

Arribaron al medio día y Alejandro que era quien conocía, sirvió de guía por la ciudad. Al llegar a casa de sus tíos, ellos ya estaban de salida. Apenas si les dieron la bienvenida dejando

Todo a su disposición.

Una vez solos se apoderaron de la casa. Juan por el calor se dio un duchazo; Alejandro se preparó un emparedado y Julio cogió el teléfono para llamar a alguna amiga. Al cabo de un rato las actividades se trocaron como por arte de magia y al fin, casi a media tarde, ya estaban listos para enfrentarse a la ciudad.

- ¿Y qué hacemos muchachos, dijo Alejandro?

- yo llamé a Luz Ángela, ¿la recuerdan?, me dio su dirección y teléfono cuando estuvo pasando vacaciones por la casa.

- No me digas Juan que trajiste la lista de chicas.

- Si Julio, pero lo mejor es que me dijo que nos espera en su casa para presentarnos algunas amigas.

- ¡Amigas! Exclamó Alejandro, y que esperamos, vámonos para allá.

Salieron a la Quinta y cogieron el transporte hacia el Sur...

Alejandro, dirección en mano, estuvo pendiente hasta que llegaron a la dirección...aproximadamente.

- Son ellos, dijo Luz Ángela a sus amigas. Estaban en una pequeña fuente de soda cerca de su casa.

- Luza juguémosle una broma.

- Están tan bañaditos Mónica, tu si eres bien loca.

- Tu escóndete Luza, nosotras haremos el resto.

Por complicidad y sin convencimiento Luz Ángela se ocultó mientras Mónica se lanzaba a la calle a interceptar al trío.

- Hola chicos, saludó.

- Hola, respondió Juan espontáneamente.

- Ustedes llegan como caídos del cielo. Mis amigas y yo estamos tan solitas y queríamos buena compañía hasta que los vimos. Vengan los presento.

Medio aturdidos por el saludo de Mónica, la siguieron. En la fuente, ella se presentó y presentó a sus amigas Catalina y Claudia, ellos respondieron igual. Se sentaron todos y de inmediato ellas empezaron a pedir. Por la mesa aparecían y desaparecían helados, hamburguesas, malteadas. En minutos

El parque Caldas, las calles angostas, las casas coloniales y al final del día su bello atardecer.

Al otro día madrugaron rumbo al volcán de Puracé. Después de mucho caminar sin que nadie los recogiera, abordaron una chiva que por poco dinero los llevó subidos en el techo, en medio de la carga, aguantando el sol y el polvo.

Viajaron hasta San Andrés de Pilimbalá, donde guardaron sus morrales y emprendieron el camino hacia el cráter. Por un sendero lleno de curvas a través de la montaña subieron en medio del frailejón y de pequeñas lagunas, que digo, charcas grandes, hasta que por la altura Julio manifestó problemas al respirar. Entonces descansaron y emprendieron el descenso. No llegaron a la cima pero se metieron en la belleza de la montaña.

Una vez en la carretera les entró la indecisión acerca de si volvían a Popayán y seguir hacia el norte o seguir hacia el Huila enrumbándose también hacia el norte.

- Es bobada regresar, dijo Juan. Sabemos que la distancia es la misma, casi, y podemos conocer el Huila, el Tolima.

- Bueno, dijo Alejandro, pero arranquemos porque la noche se nos viene encima.

- Si y acá hace mucho frío, agregó Julio arrancando a grandes pasos.

La carretera solitaria y ellos caminando con sus morrales en las espaldas, no se veían de la mejor manera.

Al fin un carro. Era un bus Pulman que iba repleto de turistas hacia San Agustín. Lo pararon y se subieron pero al no poder pagar el pasaje el bus se detuvo y el ayudante los bajó.

Otra vez en carretera, solos, con frío y caminando. La luz era poca y ellos se estaban asustando por la expectativa de la noche en los páramos, cuando apareció un camión con un trasero que iba para la Plata. El conductor pasó y se detuvo al pensar lo que les esperaba a esos muchachos.

Los tres corrieron y sin siquiera pensarlo se estaban subiendo por las barandas del carro y a la vez saludando y dando las

Gracias por el aventón. El ayudante del chofer se pasó atrás, quizás a vigilarlos y ellos lo saludaron bien.

Le contaron su aventura y el les propuso que siguieran a La Plata a Pitalito y de ahí a San Agustín.

Hablando y fumando llegaron a La Plata. Ya era de noche y al no tener donde dormir decidieron seguir su camino.

Ya habían decidido ir a San Agustín y cogieron ese rumbo.

Ahora la carretera era pavimentada y a menudo pasaban grandes buses a gran velocidad. Ellos caminaron, caminaron hasta no poder más. Se detuvieron y cayeron como privados sobre sus morrales. Así estuvieron un tiempo incalculable.

- ¿Oyen un carro? Dijo Juan levantándose. Párense a lo mejor nos llevan.

Julio y Alejandro se pararon tambaleándose y le hicieron señas al vehículo que pasaba. Casi que no le creen al ver que se detenían adelante.

Se despabilaron en segundo y cogieron sus morrales corrieron al carro. Se montaron y de inmediato siguió la marcha. Era un viejo campero en el que viajaban dos hombres, el acompañante, que iba ebrio, empezó a regañarlos. ¿Por qué jóvenes con todo en su casa tenían que lanzarse a las carreteras a exponerse a toda clase de peligros?

Así fue todo el camino hasta Pitalito, solo que nuestros amigos no escucharon tanto regaño porque era tal su cansancio que se quedaron dormidos. Una vez ahí el tipo ebrio los llevó a su casa donde les ofreció de comer, y se despidieron. Vagaron por las calles buscando refugio para descansar pero no lo encontraron. Solo en una estación de policía les dejaron quedarse pero durmieron en el duro y frío suelo. Esto no les importó mucho y ahí amanecieron.

Con las primeras luces y siguiendo las señas que les diera un agente, buscaron la salida hacia San Agustín. Era una carretera sinuosa y destapada que hacía difícil caminar. Afortunadamente al poco rato, un ingeniero que iba hasta San Agustín los recogió.

Así el camino se hizo fácil, tanto que Alejandro y Julio continuaron su sueño mientras Juan hablaba con su benefactor.

Una vez en el pueblo buscaron una casa donde los dejaran ducharse, cambiarse la ropa y les guardaran sus morrales. De inmediato se dirigieron al parque arqueológico donde iniciaron el recorrido. No tenían prisa y en pocos minutos ya iba cada uno por su lado, tomándose su tiempo, mirando las imponentes estatuas de piedra, fumando, fue un recorrido esplendoroso. Al salir del parque entraron al museo, donde con satisfacción firmaron el libro de visitantes. A media tarde emprendieron el regreso conscientes de lo difícil del camino hasta Pitalito.

Abordaron una chiva que por la mitad del valor del pasaje los llevó en el techo. Iban alegres, optimistas; habían logrado lo que había varios días ni siquiera concebían. Su plan era quedarse en Cali y ya estaban de regreso de San Agustín.

Cuando llegaron a Pitalito, era aun de día, por lo que decidieron seguir. La carretera pavimentada con más tráfico facilitó la marcha. Esa noche la pasaron en Timaná, de nuevo en la comisaría, claro que no en el suelo sino en una celda que estaba vacía. Solo Juan que no quiso se fue a dormir al parque.

A la madrugada llegó a la celda empapado; había llovido y el a la intemperie se había mojado.

El siguiente día fue muy difícil. Toda la mañana caminaron bajo un fuerte sol que rápidamente les minaba sus fuerzas. Su almuerzo fue bocadillo y leche en una tienda al borde de la carreta. No tenían presupuesto para más. Continuaron caminando varias horas. Nadia los recogía. Llegaron a un río, entonces se detuvieron.

- Yo me voy a dar un baño, dijo Juan.

- No creo que tengamos tiempo, repuso Alejandro. Ya casi anochece y no avanzado nada.

- Tienes razón Alejo, dijo Julio. Es mejor que continuemos.

- De todos modos yo voy a darme un baño, insistió Juan abandonando la carreta rumbo al río.

Julio y Alejandro continuaron su camino sin que mejorara su suerte. Encontraron un puente bajo el cual pasaba la línea férrea.

- Esperamos aquí a Juan.

- Si Julio. Estoy que no doy un paso más.

Se sentaron a descansar, inspeccionaron el sitio. Miraron bajo el puente. Todo en orden. Tranquilos, fumando esperaban a Juan. Cuando Juan pasó en una camioneta haciéndoles señas.

- Ahí va Juan, gritó Julio.

- Si ahí va, dijo Alejandro. Mejor sigamos que es a nosotros aparece un viejo camión, al que le hicieron señas y se detuvo. El señor iba hasta Neiva, ciudad a la que llegaron entrada la noche.

Recorrieron la ciudad buscando a Juan sin resultado.

- Yo creo que Juancho no logró llegar a Neiva, dijo Alejandro.

- Ojalá que esté bien, Alejo. No debemos dejarlo.

- Tranquilo Julio. A Juan también lo protege nuestro Padre.

Lo mejor es que pensemos donde pasar la noche.

- Alejo, así sin dinero creo difícil que encontremos donde.

- Tienes razón Julio. ¿Y qué tal si cogemos carretera?

- A esta hora debe ser muy peligroso Alejo.

- Julio, tal vez si nos ubicamos a la salida de la ciudad, en el reten. Ahí estaremos seguros y tal vez la gente nos vea con más confianza.

- Tienes razón Alejo, vamos.

Preguntando y guiándose por instituto llegaron a la salida norte de la ciudad. De inmediato se identificaron a los guardias del reten para que ellos también los ayudarán en su empeño.

Al cabo de algunas horas, un camión cargando madera se ofreció a llevarlos siempre que viajaran sobre la carga, sin importar el frío, a menos que quisieran morir aplastados por ella.

Así fue, viajaron con el frío de la madrugada y con llovizna intermitente hasta llegar al Espinal. El vehículo seguía hacia Bogotá y ellos debieron bajarse, dándoles las gracias al conductor

Por el aventón.

Se encaminaron hacia Ibagué. Rápidamente el fresco de la mañana se iban, dando paso al calor sofocante del Tolima. Los dos iban agotados y con ganas de llegar a casa.

- ¿Dónde vendrá Juan?

- El donde este, está bien Julio, no te preocupes. Ya nos veremos en casa.

- Ojalé lleguemos rápido Alejo.

- Mira Julio, yo tengo una reserva de dinero como para el pasaje hasta llegar a casa.

- Pero después de todo esto no podemos llegar en bus a casa.

Sigamos a dedo Alejo que seguro hoy llegaremos.

- No Julio, yo voy a parar un bus. Si quieres vámonos. Estoy agotadísimo y ya no resisto dar otro paso.

- No me dejarás solo Alejo, ¡o sí!

- Sabes que Julio, toma la mitad del dinero, ahí viene un bus, yo me voy.

- Alejo, entonces lleva mi morral.

- Listo Julio, dijo Alejandro haciendo señas al bus que se detuvo.

- Nos vemos en casa Julio, suerte.

En pocas horas llegó Julio y al día siguiente Juan.

Ya era el sábado, una semana después de irse para Cali y estaban de regreso de dar una gran vuelta por el sur del país. Se encontraron en la esquina y Juan les relató cómo le había ido, los amigos que consiguió y como todo le salió bien también.

Concluyeron lo estupendo del viaje, la suerte que habían tenido pues todo les había salido bien, pero, definitivamente no lo volverían a hacer.

7. UN ALMUERZO EMOCIONANTE

Marcela era una jovencita preciosa. Y no solo eso, la fortuna de su padre y lo sofisticado de su madre la habían rodeado de una atmosfera llena de detalles y cuidados. Todo iría perfecto para ella si no es por Luis Iván, su novio.

Aunque también era de buena familia, su ensordecedora motocicleta y las historias que alrededor suyo se tejían, volvían loca a su madre que no veía con buenos ojos esa relación.

Así las cosas Marcela y Luis Iván se veían muy poco. Esto lo tenía muy disgustado porque cada vez que se le acercaba aparecía su suegra que daba por terminada sus visitas.

- Mira Marce, creo que debemos hacer algo. Yo te quiero pero cada que te cojo una mano llega tu mamá y casi que me hecha.

- Si Luis, ya lo sé, pero que puedo hacer.- aquí en mi casa es así y solo por recibirte mi mamá me hace la vida imposible.

- Ya se Marce, digamos que te invito a almorzar a algún buen restaurante y en lugar de eso nos vamos para el rio.

- ¿Estás loco Luis? El rio está lejos y seguro nos descubrirán.

- No es tan lejos Marce. Nos vamos en bus y nos tardamos una

Hora. Nadaremos, nos asolearemos y lo mejor, estaremos solos.

- No sé Luis, no sé. ¿Y tu moto? Porque no vamos en ella, tal vez llegaremos más rápido.

- Marce, lo que pase es que quiero a la venida coger el tren. Cerca del río al borde de la carretera hay una pequeña estación.

No te parece romántico.

- ¿En tren Luis? Suena bien.

Lo discutieron mucho. Ella poco a poco cedió ante la insistencia de Luis que le pintaban un día maravilloso.

Como siempre pudo más el amor que la razón y Marcela accedió a escaparse con Luis con el pretexto de la invitación a almorzar.

El día anterior, Luis Iván fue a casa de Marcela y con todo el protocolo del caso pidió permiso a su suegra para que la dejara ir a almorzar con él al día siguiente.

Ella lo dudó pero ante la insistencia accedió.

- Marcela estaba muy excitada por la cita y al día siguiente se puso unos blue jeans y zapatos deportivos. Estaba lista.

- Pero que es esto Marcela, la increpó su madre. Como te vas así a almorzar con Luis Iván. ¿Qué facha es esa?

- Mami ya diste tu palabra. Y Luis no tarda en recogerme.

El llegó al rato y de inmediato salieron. Guardaron la moto en el parqueadero del terminal y abordaron un bus que los llevaría a su destino.

Cuando llegaron al puente se bajaron del bus y empezaron a caminar por una carretera que bordeaba el río.

- Oye Luis, ¿aquí no es el sitio donde viene la gente?

- Si Marce, pero sigamos que yo conozco un sitio más allá que es precioso y que poca gente conoce.

- Está bien, dijo ella y siguieron caminando.

Cuando llegaron, el sitio era hermoso. Una laya, un charco no muy hondo y lo mejor, estaba medio oculto detrás de un bosque de helechos y bambúes.

- Aquí es Marce, que te parece.

- Preciosos dijo ella. Silencioso...solo...muy solo...agregó con picardía.

El sol brilla con fuerza quemándolo la piel de nuestra pareja.

Luis Iván se desnudó quedando solo con su traje de baño.

Marcela lo miraba con satisfacción mientras él se metía el agua dando salto y gritando.

- Estás loco Luis.

Loco por ti Marce. Ven metete al agua.

- No Luis no puedo, respondió.

- ¿Por qué? Vamos no seas gallina. Esta agua es más limpia que la de la piscina del club.

- No seas tonto, lo que pasa es que no traje mi vestido de baño.

Si lo trigo mi mamá me descubre.

- ¡Oh no! Creo que la loca eres tu- venir al río y no bañarte.

- Creo que tienes razón Luis. Con este calor sería delicioso un chapuzón. Me mojare el cabello.

Entonces Marce e quitó sus zapatos, arremangó su bluyín y se metió un poco al agua. Se sentó en una piedra y se inclinó para con las manos mojar la cara. Luis mientras tanto la abucheaba y la salpicaba. Así jugando y conversando pasaron algún rato.

De pronto ella se levanto y se salió del agua.

- Luis ¿estas seguro que por aquí no viene nadie?

- No Marce. Este sitio es como mi playa privada y hoy jueves nadie arma paseos al río.

- Eso espero, dijo ella quitándose la blusa y el sostén.

Luis la miraba con los ojos desorbitados más aun cuando ella se quitó el blue jean y sus pantys.

- Estas loca de remate, dijo el sin disimular su asombro.

- Yo también estoy loca por ti Luis, respondió ella metiéndose al agua hasta sumergirse totalmente. Salió empapada y se le

Acercó hasta abrazarlo, besarlo y sumergirlo también. Fue un éxtasis que duró segundo. Ni ellos sabrían cuanto tiempo pasaron así, aferrándose el uno al otro con fuerza, ahogándose con sus besos en el agua.

Luis reaccionó y saliendo del agua agrupó la ropa de los dos y rápidamente la ocultó bajo unos helechos.

- Nosotros estamos tan distraídos Marce que no tenemos tiempo ni de cuidar la ropa.

Los dos se rieron. El se metió de nuevo al río y una vez más se perdieron en esos excitantes besos tan mojados, en esas caricias tan deseadas, que Luis ni siquiera imaginaba y Marcela con pasión adolescente le entregaba. Se amaron en la arena, en el agua, bajo el sol. Todo tan hermoso, tan espontáneo que como embriagados de amor no se percataron del paso del tiempo. Solo cuando el sol se movió en el cielo azul y la sombra de los montes vecinos los cubrió se levantaron.

Ella se metió al río a quitarse la arena con el agua y él se lanzó atrás como atraído por un imán.

- No más Luis, mira que debemos irnos. ¿A qué hora es que pasa el tren?

- A las cinco, respondió el abrazándola.

- Si queremos un romántico viaje en tren era mejor que nos vayamos dijo ella saliendo del agua.

- Oye Luis ¿Dónde está la ropa? No la veo.

- Está debajo de los helechos Marce mira.

Ya había salido del agua y estaba moviendo las hojas de los helechos. Pero la ropa no estaba.

- ¿Dónde la dejaste Luis? Preguntó de nuevo ella con más plantas.

- Marce aquí debajo de los helechos respondió el removiendo más plantas.

Ella se le unió asustada. La idea de regresar desnuda le rondaba la cabeza y no le gustaba. Son muchos helechos iguales, dijo el mientras hurgaba la vegetación con desespero.

- Nos robaron la ropa Luis, balbuceo ella, mientras caía con desgano arrodillada en la arena. ¿Qué haremos?

- Tranquila mi amor, por aquí debe estar.

Fue un momento eterno. Ella lloraba mientras se ponía el traje de baño de Luis que había quedado tirado en la orilla del río y el hurgaba los helechos, reconstruía el camino desde el agua a la ropa y de ahí a las plantas. Estaba ya pensando en ir a alguna casa cercana y pedir ropa para ella, para los dos. ¡Y el dinero!, cómo lo lograría sin dinero; era terrible lo que les pasaba.

Afortunadamente la ropa apareció. Rápidamente del llanto y la preocupación pasaron a la risa y sobre todo a vestirse para emprender el regreso. Recorrieron el mismo camino hasta el puente. Para él a él se veía el puente del ferrocarril que debían cruzar para llegar a la estación de donde abordaría el tren.

Estaban conversando alegres, entre risas por lo ocurrido con la ropa y sobre todo más enamorados que nunca.

Tomados de la mano él la sacó de la carretera hasta alcanzar la carrilera. Con paso firme la encaminó hacia el puente. El río era ancho. Sobre todo viéndolo desde el angosto puente que lo único que tenía era los rieles y los travesaños que los sostenía; y entre ellos nada, solo el agua que corría varios metros abajo.

- ¿Eres capaz de pasar mi amor? Le preguntó él. Ella asintió con una seña pues el temor de la travesía no la dejó modular una palabra.

Luis pasó adelante llevándola de la mano. Ella lo seguía valiente pero sin manifestar su miedo, solo miraba de reojo los listones para no pisar en falso, claro que sin mirar hacia abajo para no caer.

Al fin pasaron. Ella respiró profundamente y él la abrazó con fuerza.

- Creo que son muchas emociones para un día.

- Si Marce, pero ahora en el tren descansaremos, es una hora de viaje a la ciudad, suficiente para tomar un respiro.

Caminaron hasta la pequeña estación. Allí eran los únicos pasajeros y al poco esperar llegó el ten. De inmediato lo abordaron y se ubicaron en el último vagón.

Como no había quien les vendiera el pasaje, a la hora que el tiquetero se lo solicitó, se lo dijeron. Luis se dispuso en pagarle en efectivo pero el señor los miró con picardía y les dijo que ese paseo en tren corría por cuenta de él.

Le agradecieron y muy contentos pasaron el viaje.

Ella se peinaba, se arreglaba, él se le burlaba porque estaba transformada comparada a como salió de su casa.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron a la estación. De inmediato abordaron un taxi al terminar para recoger la moto.

- Bien amorcito, ahora rumbo a la casa. Tu mamá me va a matar.

- No Luis, respondió ella. Aun no vamos a casa, mejor vamos al cine. Están dando una película de jóvenes que me gusta.

- ¿Ya la están dando? Listo vamos a verla.

Arrancaron montados en ese ruido como llamaban la moto sus padres y se encontraron al llegar al teatro con una larga cola para comprar la boleta.

- No Luis esto si esta terrible.

- Si Marce, así no podremos entrar. Quédate en la moto yo miro que podemos hacer.

Luis se acercó a la taquilla y sin dudarlo le dio el valor de cuatro volteas al que estaba de turno en la fula, pidiéndole el favor que le comprara dos.

Él lo dudó pero al ver el dinero se las compró.

Luis regresó triunfante con las entradas.

Guardaron la moto en un parqueadero y entraron al teatro.

La película era la historia de una loca pareja de jóvenes de los 60's en Estados Unidos. Ellos se sintieron muy "in" con toso lo que habían hecho. Los actores estaban en pañales comparados con ellos.

Más tarde, como a las nueve de la noche, cuando volvieron

A casa de Marcela, su mamá le estaba esperando.

Ella bajó de la moto y el la acompañó hasta la puerta. La suegra le abrió, los miró de arriba abajo.

- Bonito almuerzo Luis Iván, le dijo sarcástica. No lo quiero volver a ver con mi hija, sentenció.

- Y tu Marcela ¡éntrate! La empujó por el brazo.

Ella corrió, que digo, voló a su cuarto. Luis salió despavorido en su motocicleta.

Esa noche durmieron plácidamente y a pesar de los esfuerzos de su madre, Marcela vio a Luis al día siguiente y el resto de sus días. Tantas emociones en un día no le permitieron olvidar a ese galán.

8. AL QUE MADRUGA...

Era una mañana común y corriente. Eran las 6:30 a.m. y en la puerta del colegio se empezaban a formar algunos corrillos de alumnos madrugadores que esperaban que abrieran la puerta. A las 6:40 abrieron y los que estaban afuera de inmediato ingresaron al plantel. Los corrillos se desordenaron y cada cual buscó su salón de clase.

Como todos, Pablo, Carlos y Felipe se dirigieron a su aula.

Cuando entraron descubrieron corriendo entre los pupitres una rata. De inmediato dejaron sus útiles y se lanzaron a perseguirla.

- Carlos, párate en la puerta que no salga y tu Felipe ciérrale el paso por allá, señalando el lado opuesto hacia el que él se dirigía.

Casi de inmediato estaba lanzando puntapiés al asustado animal que huyó entre los pupitres.

Felipe, movió una silla haciendo que la rata se estrellara con uno de sus paralelos quedando medio atontada, con tan mala suerte que en su camino hacia la puerta la recibió Carlos con un puntapié que le hizo perder la orientación de su huida.

El roedor corrió de nuevo hacia el interior del salón, pero ya Felipe y Pablo estaban sobre él dándole patadas como a un balón de fútbol.

El indefenso animal no atinaba hacia donde correr y a los pocos minutos estaba tendido en mitad del salón.

- Hola, ¿Qué es este estruendo muchachos?

- Hola Roberto, mira el regalo que te tenemos, respondió Pablo con tono victorioso.

- Que rata más grande. ¿La trajeron de la calle?

- No hombre, nos estaba esperando aquí, nosotros solo jugamos un poco con ella.

- Si Carlos, lástima que no aguantó mucho, dijo Felipe.

- Y ¿Qué hacemos con ella ahora?

- Yo opino, dijo Roberto, que la metamos en el pupitre del tonto del José.

- A ver si coge escarmiento ¿o qué? Dijo Pablo.

- No muchachos, ese José no amerita algo así de bueno, mejor metámosla al escritorio del profesor, sugirió Carlos.

De pronto por el olor suspenden las clases agregó Felipe.

- Entonces manos a la obra, dijo Roberto arrancando la hoja central de uno de sus cuadernos y agarrando la rata por la cola.

Pablo ya había abierto el cajón grande del escritorio del profesor. Roberto la soltó adentro y lo cerraron.

- Ahora muchachos, dijo Roberto haremos el ritual del silencio.

Estiró su mano derecha y sobre ella pusieron la suya los demás.

- Ninguno de nosotros hablará de esto con nadie y si alguien lo hace será sometido al suplicio de la estatua, dijo con solemnidad.

El suplicio de la estatua consistía en que aquellos estudiantes que por sus actos o palabras causaban algún perjuicio a los demás, con los profesores o directores, a la hora de la salida los esperaban en la puerta y los llevaban ente varios a la plaza de San José que quedaba a una cuadra y ahí, contra la estatua del santo los fusilaban lanzándoles pepas de mamoncillo, mango,

Guamas o cualquier objeto que sirviera para la ocasión. Así las cosas y convenido el silencio, los cuatro se dedicaron a organizar de nuevo las filas con los pupitres mientras que los demás compañeros de clase iban llegando. A las 7:00 empezaron las clases y el peso intelectual de las mismas los hizo olvidar lo ocurrido antes de clase. Todo transcurría normalmente ese día. En la última clase después de la 1:00 p.m., la somnolencia de todos los alumnos se vio interrumpida por unos “extraños” ruidos en el escritorio del profesor. De inmediato los cuatro madrugadores se miraron sorprendidos, mientras el profesor detenía su explicación y miraba curioso su escritorio.

- Espero que no sea otro jueguito de ustedes, dijo disponiéndose a abrir el cajón de arriba.

No había nada y los ruidos aumentaban. Entonces abrió el otro cajón. Inmediatamente la rata saltó subiéndosele por el brazo, casi hasta el cuello. El alarido del profesor fue espantoso. Casi como su cara y la estruendosa carcajada de todos en el salón. De inmediato todos se lanzaron a perseguir al asustado animal que por segunda vez en un día se enfrentaba a esa jauría de estudiantes, corriendo en esta ocasión con mejor suerte al ganar la puerta y escabullirse por una alcantarilla mal tapada en el patio. Todos reían y comentaban con curiosidad como pudo llegar semejante rata al cajón del escritorio del profesor. Nadie sabía nada. El único con mala cara era el profesor que después de increparles fuertemente, hizo llamar al prefecto de disciplina para exigirle un castigo ejemplar al culpable de semejante fechoría. Ese día no salieron a la hora de siempre. El prefecto los tuvo en el salón hasta que dijeran quien había sido el culpable. Como

Nadie sabía nada, así pasaron la tarde hasta que al fin a las 6:00 de la tarde el consideró suficiente el castigo y les permitió irse.

Cuando salían, Carlos y Felipe iban juntos.

- Y pensar que tu Felipe dijiste que por esto tendríamos menos clase.

- No me lo recuerdes, contestó.

Ya en la calle, todos preguntaban indignados por el causante de semejante castigo para someterlo al suplicio de la estatua.

Doble razón para guardar silencio, pensaron los cuatro como si de nuevo y sin hablar se pudieran de acuerdo.

9. SILVIA

En junio, cuando las clases se interrumpen por las vacaciones de mitad de año, la soledad poco a poco se adueña de las ciudades pequeñas en las que la gente, estudiantes con sus madres, sale a veranear.

Fernando y Marta eran unos jóvenes estudiantes de bachillerato, que llevaban un noviazgo en el que poco a poco iban descubriendo los caminos del amor. Y como siempre, la más a su hija, no veía con buenos ojos que ella se apegara tanto a un muchacho cualquiera que este fuera.

Eso sin siquiera imaginar que la pareja ya se iniciaba en terrenos del deseo y la pasión. Si lo supiera, tal vez enloquecería y metería a Marta en un convento o la mandaría a estudiar donde algún pariente en otra ciudad.

Aun así y ante la perspectiva de todo un verano viendo a su hija con Fernando, decidió mandarla a pasar vacaciones a Cali donde sus primos. Cuando Fernando lo supo no pudo disimular su inconformidad. La idea de que su chica se fuera por dos

Largos meses a otra ciudad no le gustaba nada. Marta también estaba inconforme aunque la idea del cambio, de unas vacaciones la entusiasmaba.

Fernando, ante la imposibilidad de convencerla para que se quedara, empezó a preparar un plan para que pasaran las vacaciones juntos, o al menos una parte de ellas. Después de pensar y repensar, de considerar las posibilidades que tenía se decidió por Silva, un pueblo en el Cauca cerca de la reserva guambiana que alguna vez conoció y le gustó. Empezó a convencer a Marta de que se fuera con él para Silvia.

- Fernando, ¿Qué les voy a decir a mis tíos, como crees que me van a dejar ir contigo?

- Tranquila Martica, tu desde que llegues diles que los papás de un amigo de acá te invitaron a pasar unos días en Silvia. A mí ni me menciones, habla de hermanas, mamás, lo que tú quieras pero a mí no me menciones. Seguro que todo sale bien.

Le dieron muchas vueltas a la idea hasta que al fin acordaron lo mismo. Ella antes de irse le dejó a Fernando el teléfono de sus primos para que la llamara a avisarle el día de la cita.

Ella se marchó y él se quedó haciendo los preparativos para sus vacaciones. Con algún amigo consiguió una carpa, con papás, tíos, amigos reunió la mayor cantidad de dinero que pudo y cuando se sintió listo, pidió el favor a Patricia de que llamara a Cali.

Ella no se imaginó siquiera de que se trataba. Fernando marcó el número y ella preguntó por Marta. Cuando ella pasó al teléfono Fernando tomó el aparato y le dijo, después de saludarla claro, que al día siguiente llegaría a las 12:00 del día, que lo esperara en el terminal ya lista que de inmediato saldría para Silvia.

Ella asintió y de inmediato les dijo a sus primos que al día

Siguiente se iría para Silvia, como había dicho desde el comienzo.

Las cosas les salieron como las plañeron. Al día siguiente Fernando llegó a Cali al medio día con morral, saco de dormir, carpa, más cargado que nadie y Marta lo esperaba en compañía de uno de sus primos.

Se saludaron muy fríamente pero en su mirada se notaba las ganas de abrazarse y besarse.

El primo de inmediato se despidió y ellos se dispusieron a comprar sus pasajes hasta Piendamó.

Una vez en el bus no lo creían. Con sus 16 años a cuestas, iban solos, de vacaciones. Era increíble, inconcebible.

El viaje de casi tres horas se fue muy rápido, entre besos y abrazos, chistes flojos que por la euforia de la aventura los hacían reír a carcajadas, el tiempo pasó volando.

Ya en piendamó se bajaron del bus y abordaron un taxi que los llevaría hasta Silvia. Eran otros cuarenta minutos de camino que no sintieron. Esta vez era el paisaje tan hermoso, el verdor de las montañas y la pureza del aire que más que un licor los embriagaba.

Una vez en el pueblo, una reunión de casas viejas y nuevas, una mezcla de arquitectura colonial y moderna en el que sus alrededores parecía un pesebre salpicaba de hermosas casas campestres y en su centro como es tradicional un parque, Fernando y Marta se dirigieron a la "planada", como él la conocía. Era una planicie a una cuadra del parque, que estaba a la orilla del río, y donde llegaba a acampar turistas de Cali y Popayán, de cualquier parte. Caminaron por el parque, siguieron por la cuadra del hotel y al final. Desde un salto, se veía abajo la planada y el río que la bordeaba al otro extremo. Habían algunas carpas, pero afortunadamente no tantas como para no encontrar donde acampar.

Desde allí escogieron el sitio donde acamparían y bajaron a la planada por una carretera que luego seguía el curso del río arriba.

- Qué sitio tan hermoso – exclamó Marta extasiada.

- Es más hermoso ahora que tu estas aquí, le respondió el, abrazándola. – Bueno, linda, agregó separándose, ahora a armar la carpa porque si no ¿Dónde dormiremos?

Ya estaba entrada la tarde y el frío de las montañas se hacía sentir. Fernando que había sido boy scout, se dispuso a armar la carpa. La extendió, enterró las estacas en el piso con gran propiedad. Cuando empezó a unir las varillas para montar la tolda, fue cuando empezó a pasar trabajos. Después de mucho luchar, armar y desarmar, de descubrir entre los dos como iban las barras metálicas para que la carpa cogiera forma, descifraron la forma en que iban. Ella se metió a la carpa a sostener la endeble estructura mientras Fernando colocaba los vientos. Al fin estaba lista su casa de lona para ser habitada.

Ella salió, recogió su maletín y se metió de nuevo. Adentro, de rodillas en el suelo los dos se besaron. Fue un beso tan largo que no se dieron cuenta como en medio de caricias y abrazos estaban amándose.

Nunca se había sentido tan libres, tan llenos de vida.

Cuando salieron, aun era de día. Fernando no había comido nada de sal en todo el día y se dispusieron a almorzar. Cerraron la carpa y después de recomendar a unos vecinos que la cuidaran subieron al pueblo.

Caminaban tomados de la mano, despacio, disfrutando cada instante. Pasaron el hotel y una vez en el parque miraron alrededor. Habían varios restaurantes, cafeterías, la iglesia, unos almacenes de artesanías y muchos jóvenes que como ellos pasaban vacaciones.

Se decidieron por una fonda antioqueña. Almorzaron despacio, conversando alegremente y después se dispusieron a caminar.

Fernando la guió por la población hasta llegar a Belén, un cerro coronado por un templo desde el cual se veía el pueblo y sus alrededores. Estuvieron un rato pero el frío los obligó a devolverse. Volvieron a la carpa y una vez más se amaron.

Esa noche salieron en penumbras. La oscuridad era total. De inmediato se pusieron camino al pueblo, ascendieron por el camino hacia el hotel. Una vez ahí la luz, la callejuela del pueblo y al fondo la plaza.

- Es un pueblito muy bonito Fernando.

- Por eso quería que viniéramos, es como una película, mira los jóvenes por doquier, el ambiente de fiesta, y lo mejor de todo, que dura todas las vacaciones. ¿Qué quieres hacer Marta?

- Me imagino que habrán discotecas.

- ¡Las mejores! Respondió el. Frente al parque quedan dos. Yo prefiero la "San Remo".

- Suena bien, vamos allá.

Tomados de la mano, atravesaron el parque en medio de los corrillos y parejas caminantes.

- Es esta, entremos a ver cómo te parece.

Entraron a la discoteca por un zaguán de espejos, y de pronto las luces de la pista con todo el estruendo de la música.

- Este disco me gusta, dijo ella y el la llevó de la mano a bailar.

Lo hicieron un rato muy compaginados hasta que decidieron sentarse a tomar algo.

- Ha sido un día maravilloso.

- Si Marta, contigo todo es así. No te imaginas lo feliz que me siento.

Se les acercó un mesero.

- ¿Qué quieres tomar Marta?

- Yo quiero cerveza.

Yo también. Dos cervezas por favor. Pidió Fernando.

El mesero se dirigió al bar y ellos siguieron conversando.

- Se me hace increíble que estemos aquí Fernando, tu y yo solos. En una discoteca y esta noche la pasaremos juntos.

- Dormiremos en mi saco Marta. Ya verás cómo no nos hace frío.

En ese momento un hombre mayor se sentó junto a Fernando y Marta aterrorizada le dio un puntapié en la canilla.

- Que tal saludó Fernando.

- Buenas noches respondió el señor a secas.

Hola tío, balbuceo Marta.

De inmediato Fernando entendió que le quiso decir Marta con el puntapié que le dio.

- ¿Cómo es que te vienes de paseo sin mi consentimiento? Incredó el tío a Marta. De inmediato nos volvemos a Cali, afirmó.

- ¿Cómo Marta, tu no pediste permiso para venir con nosotros?, preguntó con aire sorprendido Fernando.

- Sii, yo les dije tío.

- Tú nos contaste pero yo nunca te autorice a venir. Como le respondo a tu mamá o a tu papá. Afuera en el carro esta tu tía y nos vamos ya. ¿Dónde tienes tus cosas?

- Están en la finca de mis papás, respondió rápidamente Fernando, quien veía como las cosas se ponían difíciles y rápidamente estaba improvisando, tratando de salir bien de semejante lio.

- Bueno, vamos para allá, recogemos tus cosas y seguimos para Cali. De una vez nos despedimos de los papás de este joven.

- No, no no, le cortó Fernando. Yo creo que es mejor que vaya yo por ellas, la finca estaba al otro lado del rio y de noche es peligroso pasar en carro. Solo hay un tronco para pasar y además mis papás están en la Campana, la finca de otros amigos que queda a una hora de aquí y regresan hasta media noche.

Sin esperar respuesta Fernando se paró y se dirigió hacia la puerta. El mesero apenas traía las cervezas y Fernando le hizo señas de que no las llevara. El mesero se devolvió a la barra.

Entonces Fernando abordó una pareja de chicas que entraban y las saludó.

- Hola chicas.

- Hola, respondieron ellas.

Necesito que me ayuden y no pueden decir que no. No esperó a que respondieran y continuó: yo soy Fernando y allá está mí

Novia Marta. Nos escapamos a pasar unos días acá con la disculpa de que veníamos con mis papás y mi hermano. Tú debes hacer el papel de mi hermana que por lo menos tienes el cabello del color del mío. Di que te llamas Dora, te le presentas al señor y le dices que como que se van a llevar a Marta.

- No creas que voy a hacer eso, dijo la elegida.
- Ni creas que no me vas a ayudar, la cortó Fernando.
- Diles que nuestros papás están en una finca, en la Campana y que tardan.
- Me da susto, seguro que no hay problema.
- Si haces lo que te digo no.
- Yo mientras tanto voy como un rayo por la ropa de Marta hasta la carpa en la planada.
- Esta bien, asintió la chica. No te tardes.
- Listo, dijo Fernando y salió de la discoteca como quien ha visto al diablo.

Atravesó el parque y corrió por la calle del hotel. La bajada a la planada estaba oscura pero a medida que avanzaba mejoraba su visión. Encontró la carpa con laguna dificultad pero cuando se metió en ella las tinieblas eran totales. Como pudo, a tientas, encontró el maletín de Marta y empezó a meter cuanto cosa encontraba, recordó que el no sacó nada de su morral y dedujo que lo que había disperso en el piso de la carpa era de ella.

De inmediato emprendió el regreso cuando se acercó a la discoteca vió como Marta estaba afuera con su tío y con la chica que hacía de “su hermana” y su amiga.

- Listo Marta, aquí están tus cosas.
- Bueno Marta dijo la chica, lástima que tengas que irte, nosotros le explicaremos a papá y mamá.
- Si, dijo Fernando, la próxima vez pide permiso.

La chica se despidió y se fue.

- Nosotros también nos vamos, dijo el tío con tono serio.
- Bueno, entonces que tengan buen viaje, dijo Fernando despidiéndose de mano del tío de su Marta.

Cuando el carro arrancó. Fernando respiró con alivio. De la que acababa de salvarse.

De nuevo se metió en la discoteca y se tomó una cerveza en la barra. Estaba pensando en voz alta riéndose solo y a la vez lamentando que sus vacaciones con su novia se hubieran terminando así, sin comenzar.

- Hola hermanito, le interrumpió una voz. Al mirar era la chica que hacia un rato había abordado.

- Hola, respondió, no te imaginas el favor que acabas de hacerme, ¿quieres tomar algo?

- Si claro respondió, otra cerveza.

- Dos cervezas pidió Fernando. ¿Y cómo se llama mi nueva hermanita?

- Yo soy Juliana y ella es Tita respondió ella ¿y tú?

- Yo soy Fernando. Apenas si me estoy recuperando del susto.

- Pero muy loca tu amiga, venirse sin permiso.

- Es mi novia, Tita, todo lo planeaos bien. Ella pasa las vacaciones donde un tío en Cali y nos pusimos de acuerdo para esta voladita. ¿Quién iba a creer que el tío vendría por ella? Menos mal que tú me ayudaste.

Siguieron hablando largo rato. Alguien sacó a bailar a Tita y Fernando lo hizo con Juliana. Así al fin de cuentas esa noche también fue de fiesta. Fernando se quedó varios días en Silvia, divirtiéndose con sus nuevas amigas.

Cuando regresaban a su casa, al llegar a Cali llamó a Marta del terminal. El se identificó y después de hablar con ella decidió quedarse donde un tío y aprovechar para ver a su novia.

Cuando fue a su casa Marta le hizo ver lo fresco que era pero sin embargo salieron varias veces. Esta vez muy acompañados por los primos de ella pero por lo menos, untos en vacaciones.

10. UN PASEO NAVIDEÑO

Es la costumbre general pasar la navidad en familia. Esos días de regocijo, de preparativos y de obsequios siempre se disfrutan con los suyos. En la oficina se acostumbran los obsequios y además la fiesta, claro.

- Bien Walt, que tengas una feliz navidad con los tuyos.

-Gracias Nicolás, lo mismo para ti. Debes tener preparativos.

- Si claro, en la casa ¿y tú?

Con varios amigos del pueblo haremos un paseo, se está recogiendo de a \$5.000.

- ¿Para el 24?

- ¿Sí, quieres venir?

- ¿Y cómo nos encontramos viejo Walt?

- Anta mi teléfono, dijo sacando un lapicero. No es sino que me llames el 24 a las 8:00 a.m. también te dejo mi dirección, agregó mientras escribía un papel.

- Vengan \$5.000 de cuota, dijo entregando la nota.

- Es mucho por un papel, rezongó Nicolás entregando un billete. Los dos se separaron. Era viernes y el paseo seria el lunes.

Pasaron el fin de semana cada uno por su lado y ese 24 en la mañana Nicolás saco la nota.

- Buenos días Walt, ¿Estabas durmiendo todavía?
- Me acosté tardísimo me acabo de despertar, no protestes.
- ¿Recuerdas nuestro paseíto?
- Si claro, pero eso es mas tarde. Qué tal si te apareces a las 9:00.
- Listo Walter, te caigo a las 9:00.

Nicolás se puso en marcha abandonando la cama. Se duchó, desayuno, hojeó el diario y se despidió.

- Mary, por favor diga a mis padres que salí a un paseo con amigos, que regresó en la tarde, dijo a la empleada.
- Que tengan buen día, se despidió.

A los pocos minutos ya pasaba la zona metropolitana para llegar donde Walter. Se bajó del auto y timbró en la dirección.

- Hola Nicolás, si que res cumplido ¡eh!
- Hola Walter. No me dirás que te puse a madrugar.
- Sigue Nico, yo voy a desayunar, ¿me acompañas?
- Claro, yo ya desayune pero si insistes repito.

Conversando y riendo siguieron al comedor y desayunaron, Nicolás por segunda vez.

¿Y cómo es el paseo?

- ¡Vamos para la finca de José! ¡De lechona! Todo el personal está invitado. Todo el mundo dio plata. Nos encontraremos en la esquina de la plaza.

A eso de las 11:00 salieron hacia la plaza. En la esquina sonaba una grabadora tan duro que se escuchaba mucho antes de llegar. Al llegar el corrillo era grande. Se bajaron del auto.

- Hola Walter, saludaron algunos.
- Hola muchachos respondió. El es Nicolás, el que invité.
- Hola Nico, saludó alguien.
- Hola muchachos, saludó Nicolás entando a la fuente.

Todos siguieron en lo suyo mientras Walter y Nicolás se

Sentaban.

- Para esta resaca me tomo una cerveza bien helada.

- Y yo otra Walt.

Hicieron señas al mesero y al momento salieron con sus cervezas.

- ¿Y que, falta mucha gente?

- Claro Nicolás. Aquí no está ni siquiera la mitad.

- ¡Hey muchachos, nos vamos! les gritaron.

- Yo puedo llevar a tres en el carro, gritó Nicolás.

Al poco rato el sitio estaba solitario. Solo se escuchaba el ruido de los motores que se alejaban en una dirección insospechada.

Se detuvieron en el camino en un estanco. Los que hacían de tesoreros se bajaron de un campero y empezaron a subir varias cajas de licor, cigarrillos, pasabocas.

- Estamos recogiendo el mercado Nico.

- Si va mucha gente, ¡porque si alcanzó para todo eso!

- Es que los que querían ponían más. Se recogió un buen dinero, agregó Walt.

- ¿La finca donde vamos es muy lejos?

- No, creo que no, yo nunca he estado.

- Solos nos toca seguir la caravana.

Así lo hicieron. Durante un rato la caravana anduvo por caminos vecinales hasta que José que iba adelante se detuvo en un portal. Alguien se bajó de su automóvil y abrió la puerta.

Todos siguieron y buscaron parqueo en la arboleda alrededor de la casa.

- Bienvenidos al Paraíso muchachos, dijo José tan fuerte como podía.

- Vamos a visitar a Obispo, agregó. El no sospecha que sea nuestro almuerzo.

- ¿Es que el marrano está vivo?

- Claro Nicolás, no encontré quien lo matara. El mayordomo no está y nadie sabe.

- ¿Cómo? Se preguntaron al tiempo todos, casi a la carrera

Siguieron a José a través de la finca hasta llegar al corral donde estaba Obispo.

- ¡Si está más vivo que nosotros!

- ¿Y quién lo matara? Preguntó José. Si no muchachos, nos toca pedir pollo por teléfono.

- Y hasta acá no hay domicilios, agregó Nicolás.

- ¿Por aquí no está Grillo? Preguntó Walter. El papá comercia con cerne y él le ayuda.

- Si acá está Walt.

- Grillito, mata al obispo, imploró José con tono burlón.

- Si, si, apoyaron todos sacando al verdugo del tumulto.

- Por favor muchachos, Augusto es mi nombre, que dirán los invitados, rezongó con solemnidad.

- Me imagino que tienes las herramientas José, agregó.

- Lo que quieras Grillo, lo que quieras. Que se necesita.

- Necesitamos lazo para amarrarle las patas y un punzón bien largo.

- Un trabajador de la finca trajo el pedido y ayudó a amarrarlo.

El pobre animal que se había alarmado al ser observado por tantos ojos, ahora estaba llegando al pánico. Se movía y gruñía con fuerza.

- Toca amarrarle el hocico.

- Así Obispito, dijo alguien, amarrando sus fauces.

- Es tu turno Grillo, dijo José entregándole la estaca, una varilla de 30 centímetros terminada en punta.

- Ahora solo es clavarle la estaca en el corazón, se dio ánimos Augusto, mientras dudaba sé cómo diablos hacerlo.

- ¿Grillo tienes miedo? Preguntó alguien con sorna.

El colocó la estaca detrás de la pata delantera y el animal empezó a sacudirse.

- Agárrenlo ustedes que por lo visto no le cogí el corazón.

Una y otra vez clavó la estaca en el costado del marrano que mas por el desangre que por lo certero del golpe se fue aquietando

Hasta quedar inerte.

El Grillo sudaba y los demás fumaban y tomaban cerveza de la provisión de la finca.

- Ahora que está muerto hay que chamuscarle el cuero para no perder el chicharrón.

Se armaron comisiones de buscaleña, la de cocina presidida por Augusto Grillo que ya se había apersonado del cargo y los demás, de fiesta.

Nicolás para ganar confianza se fue de buscaleña con un grupo.

- ¿Tu eres el amigo de Walter?

- Si, respondió, soy Nicolás, mucho gusto. Todos se presentaron y empezaron a alejarse. Se dirigieron a un bosquecillo que se veía cerca y una vez ahí se dedicaron a recoger leña.

Esa labor tan simple, para nuestros amigos fue agotadora.

Cuando creyeron tener suficiente se sentaron, fumaron un cigarrillo tranquilos y regresaron.

Ya habían puesto a Obispo sobre un lecho de leña y su cuerpo también estaba cubierto con chamizas.

- Mas leña muchachos.

- Arrúmenla ahí con el resto, dijo Grillo disponiéndose a encender la pira.

Las llamas rápidamente se propagaron por las ramas secas.

Empezó el fuego a traquear y hacer pequeñas explosiones prendiéndose las chamizas y el pelo del marrano. Todos brindaron y charlaban. Era medio día y no se avistaba almuerzo por ningún lado, pensaba Nicolás. La gente llegaba poco a poco y la hoguera se hacía más grande.

De pronto ante el espanto de todos, el marrano se paró sacudiéndose las chamizas y al segundo, brincando fuera de la fogata, emprendió la huida. Todos enmudecieron un instante y arrancaron con gran alboroto detrás de Obispo el cual en veloz carrera se lanzaban a rodar por una cuesta abajo.

Todos seguían detrás vociferando y tratando de cercar al

Animal que lucía totalmente chamuscado pero bien vivo.
Al cabo de mucho corretearlo lo atraparon, de nuevo lo amarraron y quedaron como al comienzo.

Nicolás solo veía como corría su almuerzo.

José llegó al corrillo armado con un revólver y en un gesto de humanidad decidió matar al animal de un disparo para evitarle sufrimientos, no sin antes lamentarse de romper la tradición de la lechona.

- Ojala que no afecte el sabor de la carne.

Ahora si Augusto Grillo, ayudado por el trabajador se dispuso a descuartizar el animal mientras los demás volvían a la charla y la cerveza. Otros ya tenían su botella de licor y los demás estaban con las chicas. La algarabía del grupo y lo ruidoso de la música había alejado el suave murmullo del campo y todos como poseídos del dios baco se divertían, sin pensar que el mundo existía. Algunos se lanzaron a la piscina, otros fumando y conversando, otros ya poniendo cerne a asar en la brasa.

Fue una tarde alborotada pues no había ningún adulto que vigilara y los muchachos habían comprado de todo.

Ya a las 6:00 p.m., Nicolás que había fumado y tomado toda la tarde pensó en regresar pues en su casa lo esperaban.

- Oye Walt, yo me voy.
- Pero si está en los mejor de la fiesta.
- Si amigo, le dijo una chica sacándolo a bailar. El dejó su vaso y la siguió.

Así le dieron las 7:00, las 8:00. Entonces se preocupó y se despidió de todos.

- Yo voy para la ciudad ¿si alguien quiere un aventón?

- Yo, gritó la chica con que había bailado y juntos partieron.

En el camino se besaron y en medio de charlas el la llevo a su casa.

Se dieron los teléfonos y se despidieron.

El llegó prendido a su casa y de inmediato se dirigió a su cuarto, donde se duchó y cambió de ropa y luego, se reunió con

Su familia.

Estaban todos los hermanos, los sobrinos, las cuñadas.

Cenaron y después junto al árbol, repartieron los regalos.

Nicolás que en su casa no tomaba, sentía como poco a poco se pasmaba. Entonces, a la media noche, cuando todos celebraban, sonó el teléfono.

- ¡Es para ti Nico!

El contestó y que sorpresa se llevó.

- Hola Nico, soy yo, Viviana. ¿No me has olvidado en este rato verdad?

- No, que va, si solo te he pensado.

- Espero que puedas volarte Nico, porque yo soy tu verdadero regalo de navidad.

- ¿Por qué? Preguntó el incrédulo.

- Porque quiero... ¿Puedes pasar a recogerme?

- Sí, claro, en media hora.

Colgó y departió unos minutos con todos. Fingió que se iba a dormir porque estaba cansado y una vez en su cuarto, hizo un muñeco de almohadas en su cama y se escabulló al garaje. Lo abrió con sigilo, sacó la moto de su hermano y raudo, arrancó por su chica.

¡Qué paseo, pensaba, y que regalo! Suspiró.

